

# Guerra o paz, guerra y paz

03/12/2005 - Autor: James Petras - Fuente: La Jornada

La cuestión de la guerra y la paz evoca muchas respuestas en conflicto. Para los ideólogos y militaristas civiles en Washington la "paz" puede garantizarse con la consolidación de un imperio mundial, que a su vez implica... guerras perpetuas en todo el mundo. Para los ideólogos y voceros de las corporaciones trasnacionales, la operación del libre mercado, combinada con el uso selectivo de la fuerza imperial en circunstancias "*estratégicas*" específicas, puede asegurar paz y prosperidad. Para los pueblos y naciones oprimidos del tercer mundo, la paz será resultado de la autodeterminación y la "*justicia social*": la eliminación de la explotación y la intervención imperiales y la instauración de democracias participativas basadas en la igualdad social. Para muchas de las fuerzas progresistas de Europa y Estados Unidos, un sistema de instituciones y leyes internacionales, obligatorio para todas las naciones, puede impulsar la resolución pacífica de conflictos, regular la conducta de las trasnacionales y defender la autodeterminación de los pueblos.

Cada una de estas perspectivas tiene serias deficiencias. En los tres milenios pasados se ha demostrado que la doctrina militarista de la paz por medio del imperio es una fórmula de guerra, en particular en el periodo contemporáneo, según atestiguan las revueltas anticoloniales pasadas y presentes y los levantamientos populares en Asia, Africa y América Latina. La noción de combinar el poder del mercado con la fuerza selectiva para asegurar la paz ha engañado a pocos, sobre todo entre los pueblos del tercer mundo: las rebeliones populares que en las dos décadas pasadas han conducido al derrocamiento de clientes "*electorales de libre mercado*" del imperio euroestadunidense en América Latina son ejemplos de su constante vulnerabilidad.

Muchos movimientos antimperialistas, allí donde han triunfado, han logrado desplazar una forma de imperialismo (el dominio directo) sólo para caer víctimas de otra, basada en las "*fuerzas del mercado*". Además ha surgido la guerra de clases y étnica en naciones poscoloniales, a medida que los "*nacionalistas*" y los revolucionarios socialistas se han convertido en las nuevas élites privilegiadas.

Por último, el camino legal-institucionalista hacia la paz ha sufrido porque las desigualdades globales del poder sociopolítico se reproducen en las instituciones "*internacionales*" y su personal judicial. Así, si en lo formal ofrecen un marco "*internacional*", en la sustancia sus reglas de procedimiento, omisiones y selecciones de actos y actores criminales reflejan los intereses políticos de las potencias imperiales. Lo que sugiero es que necesitamos ir más allá del antimperialismo para combinar las luchas por la autodeterminación con la emancipación de clase. Tenemos que discutir y pugnar por una nueva correlación de fuerzas políticas, para dar a las instituciones internacionales y al personal que las sirve una perspectiva de clases que favorezca a las naciones oprimidas y las clases explotadas. Esto significa apoyar las tendencias democráticas, seculares y socialistas dentro de los movimientos antimperialistas:

apoyar los marcos institucionales internacionales, pero con énfasis profundo y vinculante en su contenido de clase y nacional. Por último, si bien es necesario reconocer las divisiones y conflictos potenciales entre los imperialistas militares y los del mercado para propósitos prácticos (y alianzas momentáneas), es importante mantener a la vista sus objetivos estratégicos comunes (construcción imperial) aun si sus métodos difieren.

Con la elección del presidente Bush, un nuevo bloque de poder se ha adueñado de los principales centros de toma de decisiones del Estado imperial; los militaristas civiles han degradado las agencias tradicionales militares y de inteligencia para favorecer sus propios "*cuerpos de inteligencia*" y "*formaciones militares especiales*". El Departamento de Estado ha sido eclipsado por los neoconservadores sionistas del Consejo de Seguridad Nacional, el Pentágono, los influyentes "*equipos de pensamiento*" de la derecha y de la vicepresidencia, entre otros centros de poder.

Los conservadores sionistas y las organizaciones sionistas de la sociedad civil fueron los principales arquitectos y propagandistas de la guerra de Irak y siguen siendo hoy los principales proponentes de la guerra con Siria e Irán. Paul Wolfowitz y Douglas Feith, ex números dos y tres del Pentágono; Irving Libby, principal asesor del vicepresidente Cheney; Richard Perle, consejero del secretario de la Defensa Rumsfeld, y Elliot Abrams, miembro del Consejo de Seguridad Nacional para asuntos de Medio Oriente, tienen vínculos orgánicos con el régimen gobernante de Israel y han sido fanáticos sionistas durante décadas.

El plan de guerra que propusieron e implantaron en Irak con respaldo de los militaristas civiles (Rumsfeld, Cheney, Bush y otros) consistía en destruir a todo adversario de Israel en Medio Oriente y promover una esfera de "*coprosperidad*" EU-Israel en la zona. Todas las principales organizaciones sionistas tienen influencia política dentro y fuera del gobierno y, con raras excepciones, son simples correas de transmisión automática de la política israelí. Tel Aviv exige el cambio de régimen en Siria y de inmediato las organizaciones sionistas ordenan a todos sus clientes en los poderes Ejecutivo y Legislativo hacerse eco de la voz de su amo. Israel llama a la guerra en Irak porque éste apoya a los palestinos y se opone activamente a la ocupación israelí de Cisjordania, y los intelectuales y funcionarios gubernamentales sionistas, en colaboración con sus contrapartes en los medios masivos, pergeñan cientos de artículos de opinión en los que abogan por una misión militar estadounidense para "*democratizar*" Medio Oriente.

Los que trazan las políticas imperialistas no son homogéneos, y no comparten las mismas perspectivas y prioridades ideológicas en todo momento. La tradicional *elite* gobernante no vacila en emplear la fuerza, satanizar a las víctimas o intervenir para producir un "*cambio de régimen*". Lo que es diferente en la configuración contemporánea del poder es: (1) su postura altamente militarista, que plantea guerras preventivas permanentes en todas partes del mundo; (2) su adopción de los intereses del Estado de Israel por encima de los intereses económicos estadounidenses al dar forma a la estrategia imperial; (3) su hostilidad hacia los sectores tradicionales del Estado y sus intentos de crear centros paralelos de poder; (4) sus medidas para sustituir el orden constitucional con un "*nuevo orden*" ejecutivo central, con poderes plenipotenciarios para arrestar, encarcelar y prohibir la oposición política a sus planes de guerra, al Estado de Israel y a la división de poderes.

En consecuencia, los conservadores sionistas y los militaristas civiles enfrentan un conflicto en dos frentes: entre la sociedad civil y "*su Estado*", y en la lucha interinstitucional entre los militares profesionales, la CIA y la FBI por un lado, y los sionistas, los militaristas civiles que encabezan el poder Ejecutivo y sus personeros en esas instituciones por el otro.

Las presiones y conflictos, dentro y fuera del aparato del Estado y en la sociedad civil, pueden tener una de dos consecuencias, dependiendo de quién obtenga el mando y de la forma en que el bloque de poder sionista reaccione a las amenazas sobre su control del gobierno.

La derrota de los militaristas civiles vía la oposición de masas, combinada con una persecución judicial federal exitosa de miembros claves del Ejecutivo, puede socavar la política militarista y conducir a un retiro programado de Irak. Por el otro lado, una derrota podría conducir a los militaristas civiles a adoptar medidas desesperadas, un 11/S maquinado para imponer la suspensión de garantías y "*unificar al país*" detrás de una política de guerra antiterrorista/militarista.

Pese a la relativa decadencia del poderío estadounidense, en términos tanto económicos como militares, sobre todo por efecto de la resistencia popular en Irak y Venezuela y el creciente poder de China, la amenaza de nuevas guerras no ha disminuido, en buena parte porque tenemos un régimen extremista en Washington, dominado por militaristas civiles "*voluntaristas*", que creen en la voluntad política por encima de las realidades y limitaciones objetivas. Esta situación crea gran incertidumbre y peligro. Por desgracia, esta amenaza de "*nuevas guerras*" se ve avalada por varios líderes europeos, como Blair, Chirac y Merkel, que se han unido al coro sionista para desestabilizar a Siria y amenazar a Irak. Sin duda existe gran necesidad de ahondar nuestras críticas de las fabricaciones de "*evidencia*" de amenazas nucleares y la satanización de estados. Es necesario ir más allá de foros sociales en masa, que debaten e intercambian ideas, hacia formar una nueva participación internacional dedicada a oponerse a las guerras imperiales, a los estados coloniales y a la estructura económica que los sostiene.

Sin cambios estructurales, los derechos humanos consagrados en el derecho internacional y en la Carta de Naciones Unidas seguirán siendo letra muerta. Debemos combatir las herejías de que no hay alternativas a las guerras imperiales, de que vivimos en un "*mundo unipolar*", de que el "*realismo*" dicta la adaptación a la imposición militarista de Washington. Debemos

en cambio afirmar estas verdades: (1) que, surgiendo de las cenizas de las ocupaciones coloniales, los pueblos de Medio Oriente forjan su propio destino; (2) que vivimos en un mundo multipolar, situado en los centros de la resistencia popular de masas; (3) que la supervivencia del planeta depende de un nuevo realismo basado en la libertad, la autodeterminación y, como de manera tan elocuente sostiene el presidente venezolano Hugo Chávez, en el socialismo del siglo XXI.

---

Webislam